

Meli

Seudónimo: Hachi

Meli, mi niña, ven acá, le dijo Manuel cuando ella todavía era un fisco chica. Para Meli, él era un señor bruto y mayor, con los ojos oscuros y mucho pelo en las cejas, parecía que tuviera toda la historia del mundo en las pestañas. *Con este te vas a casar, Meli*, escuchó que le decía la abuela. De ahí se fueron a la casita nueva que compraron, le habían dicho que allí, en el Sur, había extranjeros, gente que no era de las islas, gente de fuera. Se fueron juntos, Manuel y Meli, ella con las manos lisas, él con el pantalón apretado. La barriga sobresalía, el pelo se escapaba por la tela. Cuando limpiaba en los hoteles, Meli escuchaba voces que no entendía, se acordaba de su abuela, del marido, de los niños que escupía por la vagina todos los meses y de los gritos de Manuel cuando ocurría. Empezó a coser, ella, Meli, empezó a limpiar los baños sucios, a meter monedas en la cajita que escondía del marido, a sudar bajo el sol, el rostro cubierto de manchas. Abrió los ojos y ya no era Meli, era Amelia, veía las tetas de ellas, las extranjeras, tan menudas, pero veía las suyas, sus tetas de madre, y ahora era Amelia. Recordaba a su abuela, su tierra, su niñez, recordaba jugar con las mariposas y el color de las hojas de aquellos árboles, de aquellas mañanas, de su piel lisa. Soñó, por un segundo, con que algún día sus tetas volvieran a ser como las de las extranjeras, con poder alzar en brazos a su hija, aún con la piel lisa y la sonrisa inocente, y juntas volver a su hogar.